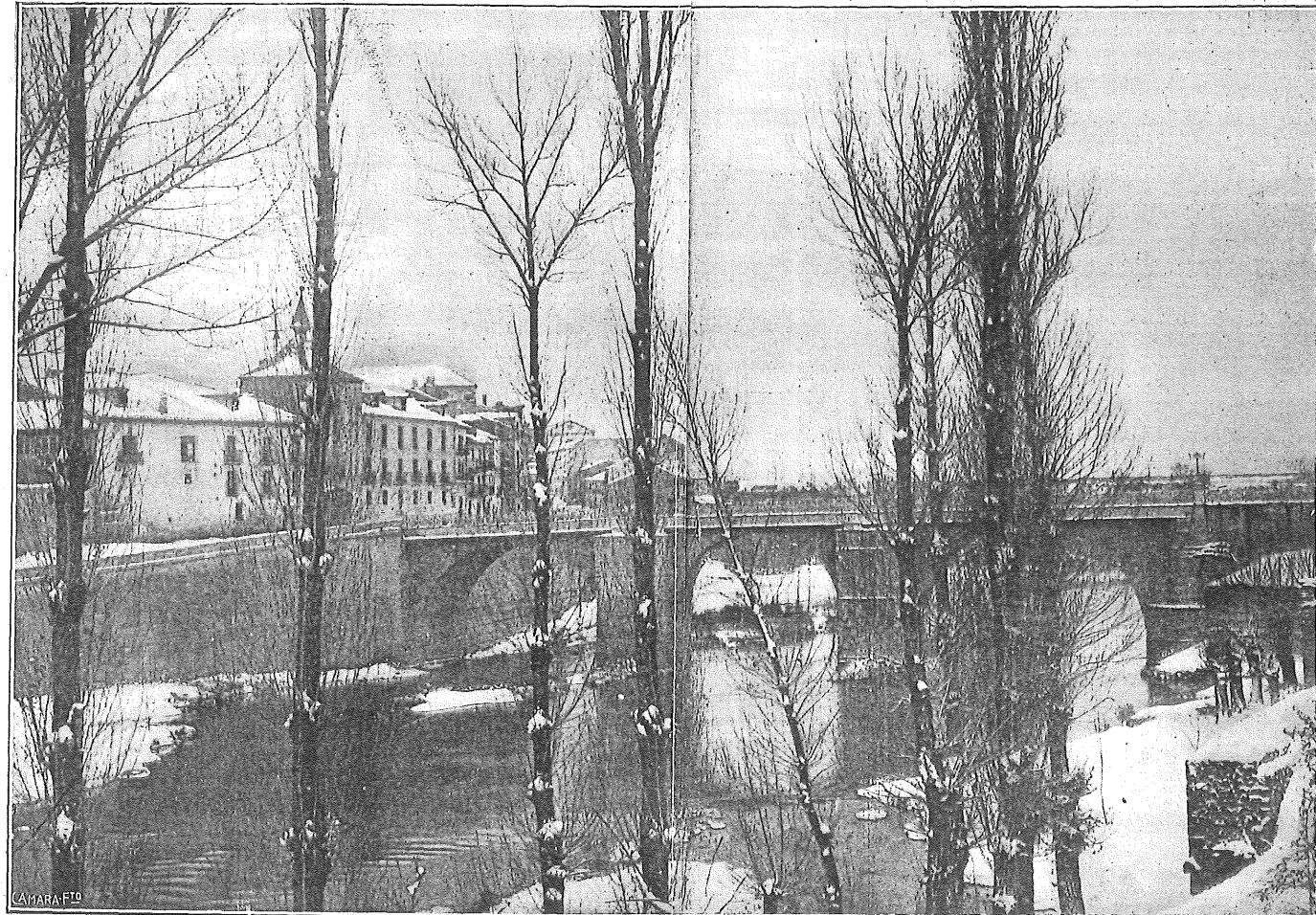


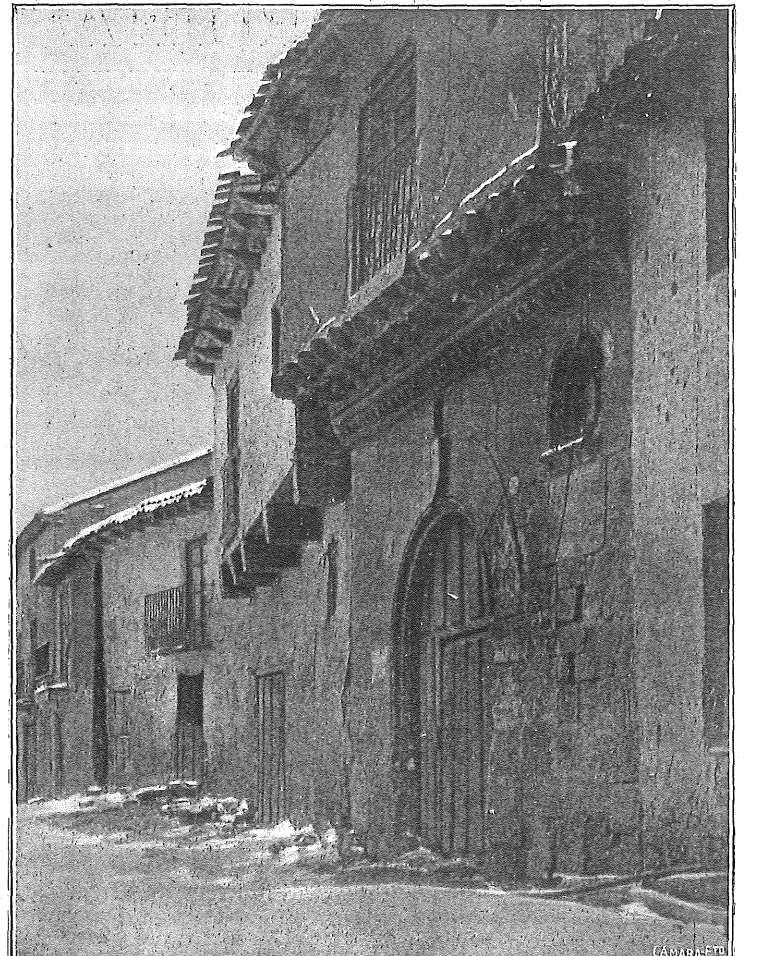
# POR TIERRAS CASTELLANAS.—EL CAMINO DE FRANCIA



Buitrago.—Una calle



Aranda de Duero.—Puente sobre el Duero



Aranda de Duero.—Casas antiguas

## CAMINOS DE AYER Y CAMINOS DE HOY

Con las distintas épocas de la historia y de la civilización de un pueblo varían los caminos que cruzan su territorio y siguen los hombres para trasladarse de uno á otro lugar. Pocos estudios tan sugestivos como el de ir viendo la variación de estas rutas á través de los años, el de comprobar el abandono gradual de las antiguas, mientras comienzan á surcarse otras recién abiertas; cómo cauces llenos hace años de animación y vida son hoy sitios solitarios, de los que se han borrado casi por completo las huellas del paso de innumerables generaciones.

En esta Castilla, tierra en la que se deshacen y pierden las cosas con más ra-

pidez que se fabrican otras nuevas, van desapareciendo las señales de los viejos caminos que la cruzaban; algunos de ellos no han dejado rastro más perenne que el de la estela de los navíos en la superficie del mar. Calzadas romanas, con sus mansiones, puentes y miliarios; viejo camino de peregrinos hacia la Santa Compostela desde los puertos pirenaicos, lleno de hospitales, iglesias y asilos; rutas, defendidas en sus pasos por castillos y fortalezas, por las que descendieron durante siglos los guerreros cristianos á correrías en tierra de infieles; cañadas seguidas por los pastores trashumantes conduciendo millares de ovejas merinas, con sus tenadas y grandes esquiladeros; de todos ellos tan sólo quedan pobres rastros que el tiempo va borrando.

Antes eran los viajes lentos, y gran parte de la vida del hombre iba quedando en los caminos. Entrábase en íntimo contacto con la tierra recorrida, y al regresar el viajero á su hogar llevaba su patrimonio espiritual acrecentado con el conocimiento de las comarcas visitadas.

Cruzan hoy los viajeros nuestros campos sin tener contacto alguno con las gentes que los pueblan. Tras las ventanillas del expreso ó desde los asientos del automóvil, ¿qué idea puede formarse de nuestra Castilla, de sus labriegos, de sus pequeños burgueses de las villas ruinosas, de toda su vida?

Cada vez los caminos dejan menos rastro en las tierras que cruzan, y los hombres que los siguen pasan por ellos más veloces. Dentro de algunos años las rutas aéreas acabarán de aislar al viajero de las tierras de tránsito, y tal vez entonces, como ahora vemos ventas y paradores ruinosos al borde de las carreteras, contemplen nuestros descendientes los restos de las estaciones de ferrocarril abandonadas. Cada vez parece que es mayor la distancia entre el hombre de la ciudad que viaja y sabe de lo que ocurre en el mundo, y ese otro ser sedentario y paciente, semejante á un tronco, según frase de Larra, que muere allí donde nace, y que vemos labrando la tierra ó guardando el ganado en nuestros campos.

## EL CAMINO DE FRANCIA

Antes de la construcción del camino de hierro de Madrid á Hendaia, la vía más importante que nos llevaba á Europa, la ruta por la que venían las novedades de otros pueblos, las nuevas ideas, la moda y los ejércitos invasores, era la carretera de Francia. Desde la frontera á Burgos sigue casi el trazado del ferrocarril; á partir de esa ciudad, toma la dirección de Madrid cruzando las tierras burgalesas por la villa de Lerma y descendiendo al valle del Duero por Aranda.

En Burgos, ha escrito Alejandro Dumas, viajero de la España romántica, «la del romancero, la de las baladas de Víctor Hugo, las de las novelas de Merimée y la de los cuentos de Alfredo de Musset» (1), «dirigiréis una postrer mirada á las llanuras y florecientes valles que acabáis de atravesar; daréis un adiós á los arroyos saltadores, á las frescas sombras, á las montañas pintorescas de Guipúzcoa.

(1) Teófilo Gautier.

porque vais á atravesar los rojizos arenales, los pardos matorrales y los horizontes sin fin de Castilla la Vieja, donde os hará lanzar una exclamación de alegría ó de asombro la encina raquítica ó el olmo achaparrado que por casualidad encontraréis á vuestro paso».

Después de Aranda de Duero, la carretera comienza á subir el Guadarrama, cruzándolo por el puerto de la Somosierra; más allá bordea la antigua villa de Buitrago y, dejando atrás el Pico de la Miel, acércase á Madrid por un campo árido y desnudo, donde apenas algún árbol se levanta sobre la tierra seca, según lo describía en el siglo XVII Mme. de Aulnoy y según sigue en nuestros días.

Aún en esas villas castellanas de la carretera de Francia parece oírse el grito del postillón, el estruendo de las enormes diligencias, el alegre bullicio de los viajeros que se apean en el zaguán del parador, felices al sentirse libres por unos momentos del apretujamiento del vehículo. Aún vemos en Aranda los paradores de gran cocina y vastas cuartos, con su largo pasillo lleno de puertecitas á ambos lados, que dan paso á cuartos de paredes encaladas; aún podemos evocar en ellos á estos viajeros de mediados del siglo XIX: románticos franceses que hacen su viaje por España—Gautier, Merimée, Dumas, Regnier—, emigrados, personajes misteriosos que se susurra entre los demás viajeros llevan misiones secretas, militares alegres y expansivos que van y vuelven sin cesar á Madrid, la nube de empleados que se dirigen con sus numerosas familias á tomar posesión de un destino en las provincias del Norte, y que, á veces, al llegar, se encuentran con que un cambio de Gobierno les ha dejado cesantes y regresan tristes, mohinos, sin dinero, á esperar otra de las frecuentes mudanzas de nuestra política.

El viaje son largos días de convivencia con los compañeros, de cambiar ideas, de entablar amistades, de iniciar amores, de engendrar odios. Es toda la gracia y el perfume romántico de la España de mediados del siglo pasado, vista á través de los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós, y las *Memorias de un hombre de acción*, de Baroja, los que podemos evocar como en ninguna parte en estas calles de Aranda de Duero, tan bellas, tan sugeridoras, con sus casas de entramados de madera y adobes, tras las cuales se ven las piedras renegridas de unas iglesias góticas, con sus amplias plazas de soportales, con su carretera bordeada de paradores.

## EL TRÁNSITO ACTUAL

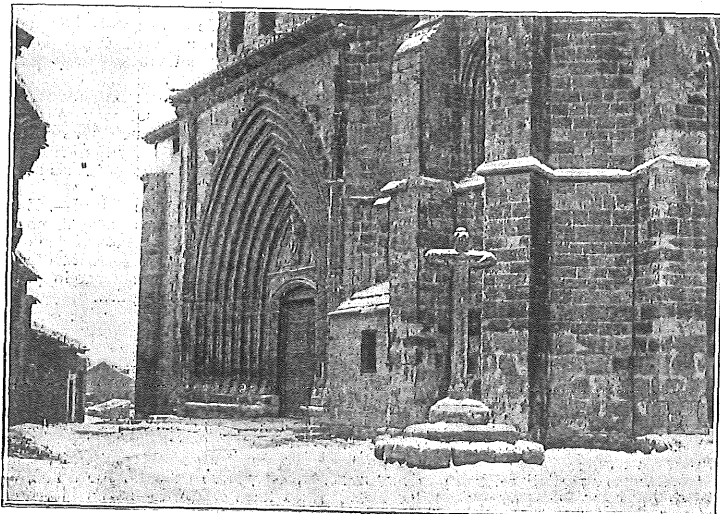
Escaso es hoy día el tránsito por el antiguo camino de Francia. Solitaria la ruta casi siempre; tan sólo de tarde en tarde pasa por ella alguno de estos grandes carros arrastrado por interminable recua de mulas, un campesino que se dirige á su heredad próxima ó mendigos que van de pueblo en pueblo tostados por el sol y cubiertos por el polvo de todos los caminos.

Ventas y paradores llenos en otro tiempo de animación y vida, muestran sus ruinas al borde de la carretera. En algunos aún en pie, como la de Juanilla ó de la

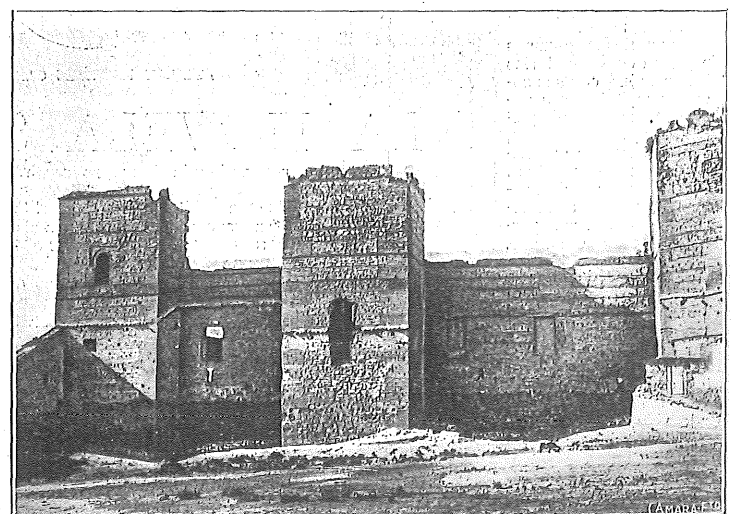
Orden, á la subida de la Somosierra, puede hoy el viajero tomar un vaso de vino y contemplar la soledad de sus grandes cuartos y de su cocina, en la que, al calor de unas brasas, tan sólo cuece el escaso puchero de la ventera.

En verano, el camino ofrece ahora una animación inusitada. Rápidos, envueltos en nubes de polvo, sonando sus bocinas, cruzan por él los automóviles de las gentes opulentas, que van á pasar unos meses á las costas del Norte y al Extranjero. No se detienen en los pobres pueblos de la llanura; no paran en ventas y mesones; van veloces á estas villas del mar, ricas y modernas, lugares felices de la moda, que son San Sebastián, Bilbao, Santander...

LEOPOLDO TORRES BALBAS



Aranda de Duero.—Iglesia de San Juan Bautista



Buitrago.—El castillo

FOTS. TORRES BALBAS